

—Una pregunta, Señor, ¿yo también tengo que morir, me pasará lo que ha ese androide de ahí abajo?

—Claro, tú ya deberías haber muerto. Pero por causa del incidente que has cometido se ha retrasado un poco.

—Entiendo...—murmuró el androide—. Pero, si ya debería haber muerto, ¿por qué sigo pensando? ¿No debería haber finalizado mi programa ya?

—No tienes derecho a conocer la respuesta a esas preguntas, recuerda quien eres.

M-31 se quedó callado, pensando en todo lo que había aprendido aquel día. El droitor suspiró, colocó los papeles de la mesa y se frotó la nuca.

—Está bien, ya he terminado. Llevaos a este androide a la planta de reciclaje y después id al aeródromo a por el siguiente rebelde, si lo hubiere.

Los guardias asintieron y comenzaron a incorporar a M-31.

—Señor, ¿puedo hacerle una última pregunta antes de...morir?

—Adelante.

—Ustedes..., los humanos, ¿también morís algún día? Es decir, ¿también estáis programados y cuando se os acaba el programa vais a vuestra planta de reciclaje?

El droitor tragó saliva, incómodo.

—Lleváoslo, de inmediato.

M-31 caminó entre los dos guardias, entristecido. Los demás androides llegaban allí sin saber lo que les esperaba, eran felices. Pero él había descubierto la verdad, y eso le hacía pensar mucho. Más que nunca.

Pensó, mientras se acercaban a la planta de reciclaje, que él no quería morir. Pensar le gustaba, y si moría ya no podría pensar. Se dijo entonces que antes de llegar a la cinta transportadora—que iba a ser bien pronto—debía planear la forma de no morir.

Reparó entonces en los dos guardias; no eran humanos, eran androides, como él.

—¿A vosotros os gusta morir?—les preguntó.

Los guardias permanecieron impasibles. M-31 probó con otra pregunta.

—¿Cuánto tiempo lleváis funcionando?

—Cuatro años y medio—respondieron al unísono, cómo si esa respuesta hubiera estado programada.

—¿Y os dais cuenta de que os queda sólo medio año para morir, como yo y como los demás androides?

De nuevo no hubo respuesta alguna.

Llegaron a una nave amplísima, una fila de androides esperaba subir en la cinta transportadora. Los guardias lo colocaron en la fila y se dieron la vuelta. M-31 sintió entonces una extraña sensación. Por una parte quería escapar de allí, pero, por otra, algo